

LIBRO QUINTO

de la

Historia Eclesiástica Indiana

PRIMERA PARTE

en que se cuentan

*Las Vidas de los Claros Varones, Apostólicos Obreros de esta nueva conversion,
que acabaron en paz con muerte natural.*



PRÓLOGO AL CRISTIANO LECTOR.

MEMORIA quedó en las divinas letras, cristiano lector, que aquel valeroso capitán de los ejércitos de Dios, Júdas Macabeo, estando una vez para dar batalla á los enemigos del pueblo de Dios, viendo que los contrarios eran muchos y muy poderosos, esforzando y animando á los suyos, les dijo: «Acordaos cómo fueron salvos nuestros padres.» Como si les dijera: «Oh mis comilitones, valerosos capitanes y soldados de los ejércitos de Dios, que siempre en la virtud divina habeis sido vencedores, acordaos cómo se salvaron nuestros padres y antepasados, cómo se esforzaron, cómo varonilmente pelearon contra sus enemigos y nuestros.» Palabras muy dignas de ser traídas y aplicadas á nuestro propósito, y de que nos debemos acordar, pues peleamos cada momento en la batalla espiritual, según lo del santo Job: «La vida del hombre es batalla sobre la tierra.» Debemos, pues, traer á la memoria y ver cómo salvaron sus ánimas estos benditos padres y religiosos, cuyas vidas aquí tratamos. Cómo esforzadamente pelearon contra sus enemigos espirituales, mundo, demonio y carne. Vencieron el mundo primeramente, tomando el hábito de religion y huyendo de en medio de Babilonia, y salvando sus ánimas, según el consejo de un profeta. Secundariamente, dejando y menospreciando su tierra y patria, la casa de sus padres, toda su parentela, amigos y conocidos, pasando todo el mar Océano con mucho riesgo y peligro de sus vidas, viniendo á tierras remotísimas y incógnitas al principio de su descubrimiento, y entre gentes bárbaras. Cumplieron bien aquel mandato divino hecho al santo patriarca Abraham: «Sal de tu tierra, y de tus parientes, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré.» Triunfaron del demonio, resistiendo sus gravísimas tentaciones. Supeditaron también su carne, sujetando la sensualidad á la razón, con ayunos, disciplinas, oraciones y otros ejercicios corporales y espirituales, que pudieron decir con S. Pablo: «Castigamos nuestros cuerpos, y hémoslos hecho servir al espíritu, porque predicando á los otros, no seamos hechos malos.» Según S. Bernardo, de tres cosas nos hemos de acordar en las vidas de los santos. La primera es, del buen ejemplo que nos dieron con su vida mientras vivieron en este mundo. La segunda, de cotejar nuestra vida con la suya para nuestra confusión. La tercera, de cómo nos favorecen ahora delante nuestro Señor Dios en la gloria. Cuanto á lo primero, de ellos se puede decir aquello que el glorioso Pablo decía á los filipenses: «Resplandeceis entre la nación mala y perversa, así como lumbreras en el mundo.» ¿Quién podrá explicar el resplandor de las virtudes de estos santos padres? ¿Su fe, esperanza, amor de Dios y del prójimo? ¿Su justicia en dar á cada uno lo que es suyo? ¿Su fortaleza en las adversidades de esta vida? ¿Su humildad entre las honras del mundo? ¿Su paciencia en las persecuciones? ¿Su abstinencia entre tanta abun-

I Mach. 4.

Job 7.

Jer. 51.

Gen. 12.

I Corinth. 9.

Bernard.

Philip. 2.

dancia de manjares? ¿Su oracion, devocion, meditacion y contemplacion entre tantas ocupaciones exteriores? ¿Su pronta obediencia, su pobreza entre tantas ocasiones? ¿Su continua peregrinacion en tan largos y ásperos caminos? Fueron estos siervos de Dios tan consumados en la vida activa y contemplativa, que del cuidado que tenían de los ejercicios de la una vida y de la otra, se puede decir aquello de Job: «Si durmiere, diré, ¿cuándo me levantaré? y otra vez esperaré la tarde.» Que es decir, que cuando estaban en el sueño y quietud de la contemplacion divina, estaban con cuidado cuándo se levantarían de ella para ir á se ocupar en los ejercicios de la vida activa y caridad del prójimo, como es bautizar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, confesar, casar y hacer otros ejercicios semejantes. Y estando ocupados en ellos, estaban otra vez con cuidado que llegase la tarde para recogerse á los ejercicios de la vida contemplativa. ¡Oh bienaventurados padres, siervos de Nuestro Señor, dechado de toda virtud, lumbreras que resplandecieron en el mundo como hachas encendidas en el amor de nuestro Señor Dios y del prójimo! ¡Oh cómo les pareció que á ellos les fué mandado, despues de los santos apóstoles, aquello del Evangelio: «Ireis por todo el mundo, y predicareis el Evangelio á toda criatura!» Y para dar ejemplo á sus siervos, confiesa el propio Redentor, que para esto nació y vino al mundo, para dar testimonio de la verdad; esto es, para promulgar la ley evangélica y dar entera noticia de la fe á los hombres, mediante la cual se salvasen. Pues así, á imitacion de Cristo nuestro Redentor, estos siervos suyos cuyas vidas aquí tratamos, con ferventísimo celo deseaban convertir á la fe de ese mesmo Señor á sus incrédulos, ganar las almas perdidas, encaminar las descarriadas, doliéndose de las ofensas que á Dios se hacian, y si tuvieran mil vidas, las pusieran por la salvacion de una ánima pecadora. Lo segundo, nos hemos de acordar de cotejar nuestra vida con la de los santos, para confundirnos, porque cierto gran confusion nuestra es ver que estos santos religiosos fueron hombres como nosotros, formados de la misma carne y huesos, sujetos á las mismas miserias y flaquezas, y que tanto nos excediesen en toda virtud, y en el amor de Dios y del prójimo, en la penitencia, en la estrecha pobreza de sus personas y edificios y de todo lo demas, en la pronta obediencia á sus mayores y en la observancia, así de los preceptos como de los consejos del Evangelio y nuestra regla. Lo tercero que hemos de traer á la memoria es su favor, cómo nos favorecen ante el acatamiento divino, rogando á Dios por nosotros. Si mientras vivieron en este mundo cargados con la pesadumbre de la carne, y ocupados con tantos cuidados, fueron tan solícitos en rogar á Dios por nosotros, y tuvieron tanto cuidado de nuestra salvacion, agora que están libres así de la carne corruptible como de todo negocio temporal, ¿con cuánto mas cuidado y amor acudirán en la gloria á rogar á Dios por nosotros? Y es de advertir, que en las memorias de estos siervos de Dios los llamamos santos, no porque de nuestra autoridad los queramos canonizar (que esto pertenece solamente á la santa Iglesia romana y á su cabeza el Sumo Pontífice), mas solo por la opinion y fama que dejaron de santidad, como S. Pablo en muchas de sus epístolas llama santos á los nuevos creyentes que recibian la fe. Y si la santidad de estos perfectos varones no fué confirmada con la frecuencia de milagros que de los santos canonizados y de otros que aun no lo son leemos, esto no se debe atribuir á la falta de sus merecimientos, sino á que nuestro Señor Dios no ha querido hacer por sus siervos en esta tierra y nueva Iglesia los milagros que fué servido de hacer en la Iglesia primitiva, y despues acá tambien en otras partes del mundo. Y la causa, solo su divina Majestad la sabe. Mas rastreando con nuestro bajo entendimiento, podemos dar algunas razones de ello. Y es la primera, que no fueron menester, pues el Evangelio de Cristo se re-

Job 7.

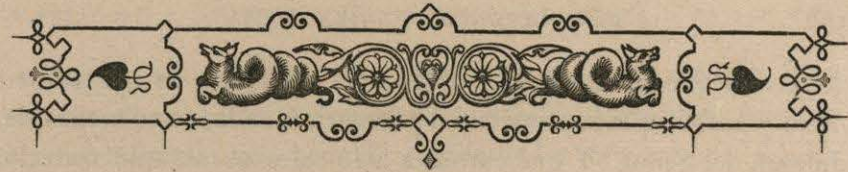
Marc. ult.

Joan. 18.

Ephes. 2. 3. 4. 5.
Collos. 3.

cibió sin alguna contradiccion, predicado por sus ministros, que no poca santidad arguye en ellos, pues bastó su vida inculpable, sin otros milagros, para atraer á la fe los ánimos indómitos de aquestos gentiles. La segunda razon es, que así como Dios ablandó con milagros la arrogancia y dureza de las primeras gentes que trajo á la fe, así quiso fortificar la ternura de estos flacos indios con sólida doctrina y ejemplos de vida de los que se la predicaron, sin otras maravillas exteriores con las cuales pudiera ser (segun su flaqueza) que tuvieran á los hombres por dioses, ó no en tanto las virtudes, y de esta manera vinieran á ser antes dañados que aprovechados, porque (como S. Augustin dice en el libro de las Cuestiones) la razon porque no todos los santos y predicadores del Evangelio hacen milagros, es porque los enfermos y flacos no sean engañados de perniciosísimos errores, creyendo haya en los tales milagros mayores bienes y virtud, que en las obras de justicia, que son las virtudes, con las cuales se compra la vida eterna. La tercera razon es, que proveyó Dios sapientísimamente al peligro en que podian caer los promulgadores de la ley evangélica de estos tiempos, por no ser ellos tan santos como lo eran los apóstoles, viendo se hacian milagros por ellos. Y así, dando Nuestro Señor á todos seguros remedios, ha hecho tan admirables cosas y tan excelentes en esta nueva Iglesia como las hizo en la primitiva, y en alguna manera mucho mayores. Porque mayor milagro es haber traído á tanta multitud de idólatras al yugo de la fe cristiana, sin milagros, que con ellos. Mayor milagro es resucitar un alma muerta por el pecado y serle causa de eterna vida, que resucitar un muerto en el cuerpo, que tarde ó temprano ha de tornar á morir. Mayor milagro es curar y sanar un vicioso, que un enfermo del cuerpo. ¿Quién no se admirará de ver gente tan desenfrenada en vicios carnales (como lo era esta antes que recibiese la fe católica) que se temple agora y se abstenga no solo de los ayuntamientos ilícitos, mas tambien de los lícitos conyugales, por sola virtud? ¿Á quién no pondrá espanto ver una gente la mas cruel del mundo (pues se mataban unos á otros sin ocasion alguna, y se sacrificaban á sí mesmos á los demonios, y se sacaban para esto su propria sangre con grande inhumanidad) que se traten el dia de hoy con mucha paz y benevolencia, y se ayuden y hagan bien los unos á los otros como si fuesen hermanos? Otras razones hay para confirmar lo que aquí vamos probando, mas estas bastan por agora. Aunque á la verdad no faltaron algunos milagros con que Nuestro Señor corroboró los flacos pechos de los nuevos creyentes y declaró la santidad de sus siervos, como se podrá ver en el discurso de sus vidas. Nómbranse aquí los pueblos de donde fueron naturales y las provincias de donde vinieron, porque no es justo quitar esta honra á las patrias que tan buenas plantas produjeron, y de los que no se supo se calló, porque en todo se tuvo cuenta con seguir la verdad. Y para mas claridad, repartirse ha este libro quinto en dos partes. En la primera se pondrán las vidas de los claros varones, apostólicos obreros de esta nueva conversion, que acabaron en paz con muerte natural. Y en la segunda se contarán las muertes de los que las recibieron por la predicacion del santo Evangelio y confesion del Nombre de nuestro Salvador Jesucristo y de su santa fe.

August.



LIBRO QUINTO
DE LA
HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA.

PRIMERA PARTE

EN QUE SE CUENTAN LAS VIDAS DE LOS CLAROS VARONES,
APOSTÓLICOS OBREROS DE ESTA NUEVA CONVERSION, QUE ACABARON EN PAZ
CON MUERTE NATURAL.

—38—

CAPÍTULO PRIMERO.

*En que comienza la vida del venerable y apostólico varon Fr. Martin de Valencia,
primero prelado y evangelizador de la fe en los reinos de esta Nueva España.*

UA vida del santo Fr. Martin de Valencia escribió tres años despues de su muerte el gran siervo de Dios Fr. Francisco Jimenez, muy familiar de este varon santo, y uno de los once sus compañeros. Fué Fr. Martin de Valencia natural de la villa de Valencia de Don Juan, en tierra de Campos, la cual está situada entre la ciudad de Leon y la villa de Benavente, hijo de padres honrados segun el mundo, y de creer es serian buenos cristianos y que criarian á este su hijo en su tierna edad con la leche del temor de Dios en loables y santas costumbres, pues segun lo que está escrito, «el árbol bueno es el que comunmente trae los buenos frutos.» Y en otro lugar se dice: «El buen hijo y sabio, arguye doctrina en su padre.» Y muy raro acaece salir hijo virtuoso de padres viciosos, como la rosa entre las espinas. Verdad es que de la crianza de este siervo de Dios en su puericia y juventud ni de sus primeras inclinaciones y costumbres en aquella edad ninguna cosa hay escrita, porque él era tan humilde y despreciado, y tan señor de su lengua, que nunca trataba pláticas infrutuosas, y menos tocantes á su propia persona. Pero bien se deja entender

Vida del santo varon Fr. Martin de Valencia.

Matth. 7.

Prov. 23.

Psalm. 20.

Prov. 20.

Coloss. 3.

de la vida que en su media y pōstrimera edad hizo, en que permaneció y acabó, que la primera fué prevencion de las bendiciones de dulzura del Señor. Y que entonces hizo tales obras, que mereció alcanzar de Dios la alteza de perfeccion de vida y ser llamado á mayores cosas, y tenido en memoria perpetua en la tierra, como creemos lo es en los cielos. Porque segun el sabio dice, de los ejercicios y ocupaciones á que el hombre se aplica, se conoce la mala ó buena inclinacion de su mocedad. La noticia que de este apostólico varon se tiene, es desde que tomó el hábito de nuestro padre S. Francisco en el convento de Mayorga, de la provincia de Santiago. En la cual determinacion fué muy guerreado del demonio, que como astuto y experimentado, conocia de sus deseos, obras y vida pasada en el hábito seglar, la mejoría que con la mudanza de estado habia de tener, mudando la vestidura del hombre viejo en otro nuevo, segun convenia á hijo legítimo y verdadero imitador de tal padre como S. Francisco. Y así padeció sobre el caso graves y terribles tentaciones de inconvenientes y estorbos que el enemigo le ponía por delante, mas él las venció con la gracia y ayuda del Señor. Tuvo por maestro al devoto padre Fr. Juan de Argomanes, que despues fué provincial en la mesma provincia de Santiago. Siendo novicio leyó el libro de las conformidades del padre S. Francisco, en cuya leyenda fué muy alumbrado su espíritu, y comenzó á gustar y conocer la virtud de la pobreza, y á concebir ferventísimo celo de ella y deseo de la perfeccion, en tanto grado, que siendo ya profeso, y venida á su noticia la fama de la estrecha observancia y de la reformation que en algunas casas que agora son de la provincia de la Piedad en el reino de Portugal, y en otras de Extremadura hacia el varon de Dios Fr. Juan de Guadalupe (que á la sazón allí residia), procuró de pasar á ellas no sin mucho trabajo y dificultades que el adversario le causó, y los religiosos de su provincia (por no perder su santa compañía) le pusieron. Mas á todas se ofreció de buena voluntad, á trueque de alcanzar lo que su alma deseaba, que era estar en parte adonde con mas estrechez y rigor guardase la vida y regla que habia profesado, y tener por maestro y dechado un varon tan probado y perfecto religioso como era Fr. Juan. En cuya compañía y conversacion como oviese estado, siguiendo sus pisadas en pobreza y humildad (á la manera de S. Hilarion cuando fué á tomar ejemplo de vida y costumbres del glorioso S. Antonio), volvió (ordenándolo el Señor) á su provincia de Santiago, hecho ya maestro en la escuela de virtudes, y con deseo de ayudar y honrar

á su madre, adonde habia profesado, y de sembrar en ella la doctrina de aprovechamiento espiritual que habia aprendido. Aunque esto fué habiendo sido primero rogado de los religiosos de la dicha provincia de Santiago, que se volviese á ella y que le darian una casa donde pusiese toda la perfeccion y estrechez que quisiese. Y aceptando este partido, eligió su asiento junto á Belvis, donde edificó un monesterio que puso por nombre Santa María del Berrogal, y allí moró algunos años, y en su compañía Fr. Pedro de Melgar, dando tan buen ejemplo y doctrina, que en toda aquella tierra lo tenían por un apóstol, y todos lo amaban como á padre. Con esta casa de Belvis y otras seis que despues dió la provincia de Santiago, y cuatro que tenían los compañeros de Fr. Juan de Guadalupe (solicitándolo el varon de Dios y otros de su espíritu), se fundó la custodia de S. Gabriel en mucha estrechez y observancia, el año de mil y quinientos y diez y seis, no obstante que el Memorial de S. Gabriel dice que el año de mil y quinientos y catorce. Y digo el año de diez y seis, por autoridad del padre Fr. Toribio Motolinia, curioso investigador de los tiempos y verdades. Lo cual fué víspera de la Concepcion de nuestra Señora, y fué elegido por primer custodio Fr. Miguel de Córdoba, varon de muy alta contemplacion. Costóle este negocio á Fr. Martin de Valencia mucho trabajo, así del espíritu como del cuerpo, porque demas de la continua oracion que por ello á Dios hacia, y contradiciones que se le ponian, anduvo él con otros compañeros largos caminos, yendo á Roma y otras partes, padeciendo mucha hambre, sed, cansancio y persecuciones. Y en estos caminos permitió el Señor, para mas merecimiento de su siervo, que una vez en un despoblado lo prendieron ciertos ladrones, y queriéndose soltar, no pudo tanto huir que no lo tomasen otra vez, dándole muchos palos, los cuales él recibió con gozo por amor de Dios, no quejándose ni dando mal por mal, mas antes con mucha paciencia rogando á Dios por los que le maltrataban y herian.

Custodia de S. Gabriel y su principio.
1516.

CAPÍTULO II.

De cómo con deseo de la soledad quiso entrar en la Cartuja, y no fué la voluntad del Señor que lo hiciese.

COMO segun la sentencia de esa mesma verdad, no pueda ser escondida la ciudad que está asentada sobre el monte, ni pueda dejar de dar luz la candela que está puesta en alto sobre el candelero, dado

Matth. 5.